

Novela Popular Cinematográfica

Año I
Núm. 13

La duquesa
misterio



25 céntimos

Protagonizada por
HESPERIA

Revista Semanal

LA DUQUESA MISTERIO

PROTAGONISTA: HESPERIA

I

Eran las altas horas de la noche. En una sala, lujosamente amueblada, charlaban Jorge, el conocido banquero, y una mujer alta y hermosa, que era la dueña de la casa.

Su conversación, sin duda muy interesante, era en voz baja, para que ni aun los criados pudieran oírla.

El ambiente de la sala era de misterio; el gesto de los contertulios y su tono también era misterioso. ¿De qué hablaban? Un extraño, quizá supondría que Jorge estaba enamorado de aquella mujer, tan linda, tan guapa, tan hermosa. Mas había algo que dejaba ver, de un modo claro, aunque inexplicable, que esta suposición no era acertada. Sin embargo, sólo un enamorado habla con tal entusiasmo y atiende con aquella delicadeza, con que Jorge dialogaba con su bellísima interlocutora.

De súbito, en la serenidad y obscuridad de

la noche, se oyó un ladrido. El perro de casa avisaba que alguien andaba cerca.

—Será un transeúnte que pasa junto al jardín—aseguró la señora.

—Sí, sin duda—contestó Jorge.

Mas el perro continuó ladrando, cada vez con más furia.

—No, no debe ser un transeúnte—rectificó la dueña de la casa.

En el momento de decir estas palabras, y cuando Jorge se disponía a salir hacia el jardín para ver a qué obedecían los ladridos del perro, se oyó ruido en una ventana del salón contiguo a aquel en que la señora de casa y el banquero se encontraban.

Los dos, sorprendidos, miraron fijamente y en silencio hacia el sitio donde un hombre se disponía a cortar los cristales y a entrar en la casa. Lo cual quedó hecho bien pronto y bien rápidamente por el asaltante, un ladrón vulgar, sin duda, según pensaron al mismo tiempo los que estaban observando su maniobra.

Jorge, cuando ya el supuesto ladrón tubo cortado el cristal y, por la abertura hecha, metido la mano y abierto la ventana, sacó de su bolsillo una pistola y se dispuso, sin ninguna vacilación, a disparar contra quien quiera que fuese el que de aquel modo asaltaba la casa.

La dueña, asustada, gritó, sujetándole las manos.

—¡No, Jorge, no haga usted eso!

—No es posible hacer otra cosa, si hemos de defendernos.

—En efecto... ¡Pero matar así a un semejante es una cosa terrible!... No lo haga, no, Jorge...

—Procuraré, nada más, herirle. Si viene acompañado, los demás huirán al oír el disparo. Si vie-

ne solo, le inutilizaremos para que no pueda hacer la hazaña que intenta.

Y, sin oír las palabras de protesta de la señora, Jorge disparó, al propio tiempo que el asaltador entraba ya en la habitación cuya ventana tan fácilmente había abierto.

Al ruido del disparo, acudieron los criados. Pero ya el ladronzuelo, o lo que fuera, aunque herido en una mano, huía escaleras abajo.

Se emprendió su persecución. Y él, de vez en vez, con grandes esfuerzos, logró deshacerse de sus perseguidores; sostuvo con ellos, sin cansancio, una lucha desigual, pero formidable; logró, una vez y otra, huir de entre las manos de los que le perseguían. Y cuando ya creyó estar libre, un nuevo criado, fuerte y robusto, le salió al paso. Nueva lucha, pero ya, por su parte, muy débil; al fin, cansado, golpeado, casi deshecho, se rindió, se entregó, renunció a seguir defendiéndose.

En este preciso momento, entró en la estancia en que los criados rodeaban al ya rendido, Jorge. Y en cuanto se acercó, exclamó, extraordinariamente sorprendido:

—¡Tú!

—Sí, ya lo ves, Jorge amigo, yo.

—Pero ¿cómo es posible?

—Ya te explicaré, hombre, y verás cómo todo esto nada tiene de sorprendente.

El supuesto ladronzuelo no era nada menos que el famoso novelista Lorrain. Justificaba, pues, toda la sorpresa de Jorge; más aún sabiendo que Lorrain era íntimo amigo suyo, que le visitaba con frecuencia y que tenía con él una relación muy estrecha y muy amistosa.

Lorrain se incorporó y, antes de dar ninguna explicación, que tampoco Jorge le exigió para que nada de lo que ocurriera pudieran saberlo los cria-

dos, salieron ambos y se encaminaron hacia la habitación en que la dueña de la casa estaba, toda intranquila y preocupada por lo ocurrido y por lo que, como consecuencia, pudiera sobrevenir.

Cuando entraron Jorge y el novelista, a quien ella no conocía, se alzó de su asiento, como interrogando.

Jorge se adelantó y le dijo:

—Tengo el gusto de presentarle a mi íntimo amigo, el novelista Lorrain, que sin duda ahora nos explicará el motivo de su extraña visita, entrando por una ventana como un ladrón cualquiera.

—Claro que lo explicaré. ¿Por qué no? Se me han agotado los argumentos para mis novelas y vengo a buscar uno aquí o, a ser posible, a vivirlo. Todos sabemos el nombre ruso con el que se ha presentado aquí esta respetable señora. Sin embargo, ninguno de nosotros la llama por ese nombre. Todos la conocemos, en nuestras conversaciones, por *La duquesa misterio*. Yo quería de todo esto hacer una novela y he venido, en las altas horas de la noche, a sorprender a la protagonista...

La duquesa—la llamaremos así en lo sucesivo—rió a tiempo que decía:

—Cosas de novelista. Siempre viven fuera de la realidad. Ya habrá visto que aquí no hay ningún misterio.

—Temo que sí—afirmó Lorrain.—Quizá haya interrumpido un tierno idilio.

Y miró, mientras hablaba, maliciosamente, a la duquesa y a Jorge.

Afortunadamente, Jorge no le oyó. Y la duquesa, que sí le había oído, le contestó, visiblemente molesta:

—No vaya usted tan lejos, amigo mío. No le

autorizo para ello. Jorge no es nada más que mi banquero, dígalo bien, nada más que eso.

—Perdone, señora, mi indiscreción. Creía...

—No crea nada. Se equivoca usted...

Sobre la mesa había algunos libros. Entre ellos una de las últimas novelas publicadas por Lorrain. Este la cogió, la alzó en sus manos y, pretendiendo ser galante, dijo:

—He aquí uno de mis mayores triunfos literarios: Merecer ser leído por usted.

Antes de que la duquesa contestara, no dándole tiempo a ello, apareció un criado anunciando que había llegado, y quería entrar hasta allí, la policía.

Todos se pusieron en pie sorprendidos. Y en tanto que el criado fué a decir a los agentes que podían entrar, Jorge, Lorrain y la duquesa buscaban la manera de arreglar aquel asunto sin que trascendiera al público.

En vano todos sus planes. El policía que dirigía a los que venían era un hombre brusco, insensible, sordo a cualquier razonamiento.

Y, en efecto, en cuanto le dijese que allí no había pasado nada, que todo había sido una broma de amigos, él interrumpió:

—Nada de eso. Aquí hay un ofensor y un ofendido. Hay, pues, un delito que debe dilucidarse en la comisaría... Por otra parte, hay otro delito: el de disparo después de las diez de la noche...

—Pero escuche usted nuestras explicaciones...

—No escucho nada. Silencio... Ya hablarán ante el comisario. Quedan ustedes dos—dijo a Jorge y a Lorrain—detenidos.

—Pero...

—Silencio he dicho. Aquí se han cometido dos delitos. Basta pues.

Y ordenó la detención de los dos amigos que

salieron, con asombro de los criados, custodiados por la policía.

Mas antes de salir, el jefe de la fuerza dijo algo, con malicia, a la duquesa, la cual le contestó con un gesto, en verdad digno de quien de aquel modo le hablaba.

En cuanto la policía conduciendo a los detenidos salió de la casa, la duquesa se acercó al teléfono y llamó, con insistencia, a uno de sus adoradores, ya de cierta edad, pero que en verdad se había enamorado de ella, y que, a aquella hora, ya dormía.

Cuando medio despierto se percató de quien era la persona que le llamaba, despertó por completo, de súbito, se arrojó de la cama, se vistió rápido y, momentos después, se hallaba ya al lado de la duquesa.

La cual, después de relatarle todo lo sucedido, le dijo en tono de ruego:

—Le he llamado, pues, para que vaya al domicilio de Jorge y, con toda diplomacia, cuente a su esposa lo que ha pasado, pero como si hubiera ocurrido en su casa de usted... No hay que nombrarme para nada a mí. No hay que decir, esto de ningún modo, que el hecho ha sucedido aquí, en mi domicilio.

—Iré, haré cuanto me dice, cumpliré su encargo, todo lo más diplomáticamente que sepa y pueda...

—Gracias, amigo mío.

Para el viejo enamorado, el tono con que fueron dichas estas últimas palabras, fue como una promesa de felicidad. Tan cordiales le parecieron.

Aunque era ya de madrugada, el viejo enamorado de la duquesa, fiel servidor del encargo que había recibido, se encaminó, sin pérdida de tiempo, al domicilio de Jorge. Iba, si contento por hacer una cosa, aunque baladí, para la amada, un poco preocupado también por no saber cómo lograrla llevar a cabo su misión con éxito. Pues conocía bastante bien a Ana, la mujer de Jorge, y sabía cuán sensible era y cuán predispuesta a tomar por tragedia la cosa más insignificante que a Jorge le ocurriera. Con el pensamiento ocupado totalmente en estas dos direcciones—en la de hacer algo para la duquesa y en la de no saber ciertamente cómo tenía que hacerlo ante Ana,—el viejo llegó al domicilio del joven banquero.

Ana, naturalmente, no habiendo venido el esposo, no se había acostado. Le esperaba, intranquila e inquieta, aunque bien ajena a sospechar la causa de su tardanza.

Por esto, el viejo no tuvo que esperar mucho, como suponía, para ser recibido.

En cuanto pasaron a Ana noticia de su visita, ésta ordenó que le hicieran pasar.

Pasó, pues, y en cuanto hubo pasado, después del saludo habitual y cuando apenas acababa de sentarse, oyó que Ana le preguntaba:

—¿A qué debo el honor de esta inesperada visita? Sospecho que ella obedece a alguna cosa grave, pues no es posible, de otro modo, que us-

ted se arriesgara a venir a tan altas horas de la madrugada...

—Sí, en efecto—contestó el viejo.—Se trata de algo grave.

—Comprenda usted, pues, mi impaciencia y dígame, cuanto antes, de qué se trata...

—Ante todo, le ruego que no se disguste con lo que voy a decirle... ¡Jorge no vendrá esta noche!

¿Cómo? ¿No vendrá? ¿Por qué? ¿Dónde está? ¿Qué le ha ocurrido? Hable, hable por favor. ¿Cómo quiere que no me disguste con esa noticia?

—Le ruego nuevamente que no se disguste porque el motivo de su ausencia, si bien, en principio, parece grave, no tiene, en verdad, nada de particular. Todo será cuestión, a lo más, de algunas horas...

—Por favor, amigo mío, dígame ya qué es lo que ocurre; por qué Jorge no vendrá; cuál es el motivo de su ausencia; eso que puede parecer grave, pero que no lo es; explíqueme, se lo ruego, en seguida, todo eso...

—Amiga mía, Jorge está detenido. Pero no tiene importancia. El mismo me ha rogado que venga a decirsele, y que le diga también, que no pasarán muchas horas sin que lo ocurrido se aclare y él pueda volver.

—¿Detenido? ¿Jorge, mi Jorge detenido? ¿Por qué? ¿Qué es lo que ha hecho?

—Cálmese, Ana. No ha ocurrido nada.

—Bien. Algo habrá ocurrido. No me lo niegue usted. Si no, ¿cómo es que le han detenido?

—Verá usted. Estábamos en mi casa. Jorge y nuestro amigo, el novelista Lorrain, bromeaban. De pronto, se les ha ocurrido no sé qué cosa extraña y Jorge ha sacado una pistola y la ha dis-

parado, con tan mala fortuna, que ha herido, en una mano, a Lorrain.

—Pero, ¿por qué?

—Ya le digo que todo era una broma, cosa de juego. Pero eran ya más de las diez de la noche. La policía oyó el disparo e invadieron mi casa. Y por más que hemos dado toda clase de explicaciones, todas han sido inútiles. Se los han llevado a los dos, detenidos. Había el delito de disparo en las altas horas de la noche...

—Pero todo eso es absurdo. ¿Acaso la policía al oír el nombre de mi marido, un banquero y el de Lorrain, un novelista, no pudo darse por satisfecha con sus explicaciones? ¿Es que no son los dos suficientemente solventes?

—Sí, lo son, en efecto. Pero es que no se ha dicho a la policía quiénes eran.

—¿Cómo? ¿No han dicho sus nombres? ¿Por qué? ¿Qué interés tenían en ocultarlos?

—Ninguna, sin duda. Pero el caso es que no los han dicho. Sin duda, en la comisaría los dirán y todo se arreglará en seguida.

—Sí, todo se arreglará, ¿qué duda cabe? Pero antes podía haberse arreglado, sencillamente con decir quiénes eran. ¿Por qué no lo dijeron? Estoy segura de que en todo esto hay algún misterio.

—Quizá habrá sido por no comprometerme. ¡Yo tenía de visita a la duquesa!

Cuando apenas había dicho la palabra duquesa, el viejo se arrepintió de haberla pronunciado, y no se explicaba cómo pudo pronunciarla, pero ya era tarde. Ana le había oído perfectamente y contestó:

—¿Ah! Tenía usted la visita de una duquesa. ¡Caramba! ¿Quién había de decirlo? ¿Y no cree usted que el suceso tenga relación con esa duquesa?

—No, Ana, de ningún modo. La duquesa misterio, que era la que había en mi casa, es una señora que une a su belleza y a su nobleza, su honestidad.

—Sí, ya he oído hablar más de una vez de esa señora duquesa misterio. Y créame. Me intriga mucho todo lo que ocurre en torno de ella. Aseguraría que no es ajena a lo sucedido entre Lorrain y mi esposo.

Cuando hubo dicho estas palabras, Ana, visiblemente celosa de esta señora desconocida, se puso a llorar.

El viejo intentó consolarla inútilmente. Sus palabras, en verdad, sonaban a vacías.

En esto, entró en la habitación, con el rostro muy alegre, Jorge. Abrazó a su esposa con cariño, que no podía, de ninguna manera, ser fingido.

El viejo, comprendiendo que su misión ya había terminado, se despidió con toda clase de cumplidos y reverencias.

Y en cuanto hubo salido, Ana, alejándose de su esposo y echándose, desconsolada, sobre una butaca, se puso a llorar apenada y hondamente dolorida.

Jorge fué hacia ella, se sentó a su lado y empezó a acariciarla delicada y atentamente, preguntando:

—¿Qué es lo que ocurre a mi mujercita?

—Nada—contestó ella con tono altanero.

—Mejor. Supongo que tu llanto no será por lo que me ha ocurrido que no tiene, en absoluto, ninguna importancia. Una broma de Lorrain que ha tenido esta consecuencia desagradable. Pero, al fin, nada, te lo aseguro, querida mía.

—No me importa nada qué es lo que haya pasado. Pero sí me importa, y mucho, el sospechar que tienes muchas atenciones para una mu-

jer que no soy yo. Empiezo a estar celosa, y a desconfiar de tu fidelidad. Eso es todo. Por eso lloro. Ya lo sabes.

—¿Pero qué es lo que dices, Ana mía? ¿Celosa tú? ¡Absurdo! ¿Dudar de mi cariño? ¡Más absurdo todavía!

—Pues sí, dudo. Estás siempre alrededor de esta señora rusa que todos llaman la duquesa misterio; vas cada día a su casa; hablas de ella continuamente, no sólo entre tus amigos, sino hasta conmigo... ¿Por qué tanto interés? ¿Puedes explicarlo?

—Nada más natural, esposa mía. Soy su banquero. Tenemos que hablar cada día de sus intereses... Y como aun hace muy poco tiempo que está aquí, todavía no se ha normalizado la colocación de su capital. Estamos, pues, haciendo planes para su mejor y más segura distribución.

—Sí, todo eso que dices está muy bien. Pero no me satisface.

—Querida esposa mía, créame. Estás ofendiendo a una señora muy respetable y muy honorable. Tus sospechas me hieren hondamente, más por lo que se refiere a esa señora que por lo que respecta a mí.

—¿Dices verdad, Jorge mío?

—Claro es que digo la verdad, mi Ana querida...

—Pues bien, gracias por tus palabras. ¿Es porque te quiero mucho que temo perderte, mi Jorge; pero ya desaparecieron ahora todas mis dudas!

—No vuelvas a tenerlas, Ana. Y menos que ocurra de nadie en lo que pueda referirse a esa señora. Precisamente ella desea mucho conocerte. Hoy mismo me decía que prepara una fiesta a la que, desde luego, piensa invitarte. Y yo le he

dicho que asistirás gustosísima. Porque sé que, en cuanto os conozcáis, seréis muy amigas.

—Si es gusto tuyo, Jorge, iré a esa fiesta.

—Claro que es gusto mío que vayas.

—Bueno; pues convenido.

—Gracias, esposa mía. Ahora adiós. Vete a descansar, que ya es muy tarde. Yo voy también a ver si duermo algunas horas.

Se separaron. Jorge, muy contento, creyendo que había dado fin a todas las sospechas de su esposa. Ana, contenta también, mas por muy poco tiempo. Pues en cuanto entró en su dormitorio se renovaron sus dudas y por causa de ellas acudió a sus ojos un caudal de lágrimas ardorosas y angustiosas.

III

A la mañana siguiente, ya tarde, cuando Ana se levantó, Jorge habíase ya marchado, dejando para su esposa, una carta. La escribió por no interrumpir su sueño, pues que tanto había menester de él después de la vigilia de la noche anterior.

La carta decía:

«Querida esposa: La fiesta que ofrece a sus amistades la señora duquesa, de la que te hablé ayer, ha sido señalada para hoy por la noche. Te aviso para que a la hora conveniente estés dispuesta para asistir, en mi compañía, a este festejo.—Tu Jorge.»

Leyó Ana esta carta varias veces, como buscando, entre sus líneas, motivos para sus dudas,

los cuales, claro es, no los halló. Mas a pesar de no hallarlos, siguió pensando en la fiesta, en la invitación, en la duquesa, durante largo rato. Tan abstraída estaba, que no se percató de que había, para ella, sobre la mesa, otra carta.

Había pasado ya mucho tiempo y Ana seguía meditando y reflexionando sobre todas aquellas cosas que tanto la atormentaban. Y en un momento en que, en sus meditaciones, dejó su mirada fija sobre la mesa, tras largo rato de estar en esta actividad, vió la otra carta.

La cogió, la abrió, la leyó y a medida que iba leyendo se iba transformando, grandemente, todo su bello rostro.

La carta era del novelista Lorrain y decía:

«Adorada Ana: No solamente su esposo hace escarnio de su amor de usted, teniendo una amante, sino que ha organizado, en la propia casa de ella una fiesta a la que pretende llevarla a usted. Yo, su adorador, creo cumplir un deber avisándola del feo papel que va usted a representar en esa fiesta, a la cual, en verdad, no debía usted asistir. Perdóne mi franqueza en gracia a mi cariño, que por ahora, como sin esperanza de ser correspondido, es, ya lo sabe usted, más que cariño, adoración. Disponga como guste de mí.—Lorrain.»

El efecto que esta misiva produjo en el ánimo de Ana no es para descrito. Llanto, pena, angustia, todas las sensaciones de desagrado se cebaron, inmisericordes, en ella. No se creía merecedora de ser infeliz y esto agravaba su tormento. Estaba, realmente como deshecha, echada de bruces sobre la mesa, llorando y gimiendo desconsoladamente.

Entró un criado y anunció la visita del novelista.

Al oírlo, Ana procuró súbitamente reponerse, hacer desaparecer todas las huellas de su llanto,

aparentar tranquilidad, serenidad, seguridad de sí misma.

Cuando entró Lorrain, en efecto, Ana estaba ya como si nada le hubiese ocurrido.

Correspondió con un saludo atento a la profunda reverencia del visitante, y en seguida le preguntó:

—Usted dirá, amigo Lorrain, a qué se debe su visita.

—¿Ha recibido usted mi carta?

—Sí; ahora mismo acababa de leerla.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Ir, desde luego, a la fiesta.

—¿Después de lo que le he dicho?

—Claro es. Necesito convencerme por mí misma de las sospechas que tiene usted.

—No son sospechas, Ana. Es seguridad. La duquesa misterio es la amante de Jorge. No tengo ya la menor duda de ello.

—Yo no estoy segura de que sea verdad, ni tampoco de que no lo sea. Necesito pruebas. Acaso en la fiesta encuentre alguna...

—¿Necesita usted pruebas? Pues bien. Voy a ofrecerle algunas. ¿Le ha referido Jorge lo que ocurrió ayer en casa de la duquesa, mi entrada allí por una ventana, cómo él disparó y me hirió en una mano y cómo después fuimos conducidos a la comisaría?

—Sí; me ha referido el hecho, aunque no con tantos detalles.

—Yo voy a explicárselo todo. Usted sabe cuánto la amo y cuán inútiles han sido hasta ahora todas mis pretensiones acerca de usted. La promesa más segura que he oído de sus labios, hace ya tiempo, fué la de que, si algún día usted sabía con certeza que Jorge no le era fiel, que tenía una amante, usted no tendría entonces ningún incon-

veniente en abandonarle y en venir a vivir conmigo...

—Mantengo firme esa promesa.

—Gracias. Ese día ha llegado. Jorge tiene una amante. Desde el día que llegó aquí la duquesa misterio, Jorge no se separa de ella ni de día ni de noche. Yo lo vi esto, por el mucho amor que le tengo, desde el primer día. Y no he querido, no obstante, decirle nada, hasta estar seguro de decir verdad. Ahora ya puedo hablar. Anoche, lo que hice fué una comedia para sorprenderlos. Vi a Jorge entrar en la casa de la duquesa. Aguardé a que fuera tarde para llevar a cabo mi propósito. Pero aún me adelanté. Todavía, cuando entré en la casa, no se habían retirado. Hablaban junto a una mesa; mas aquel modo de hablar era harto demostrativo. De aquella manera sólo hablan los amantes.

Gracias, Lorrain, por su interés.

El novelista, en este momento, intentó abrazar a Ana. Mas la joven no le dió tiempo para ello. Se alzó de su asiento, dignamente, y dijo:

—No, Lorrain. Va usted demasiado deprisa. Necesito convencerme por mí misma de que todo eso es verdad. Si lo es, hablaremos después. Por ahora, basta. ¡Adiós!

Y le tendió su mano, en la que el novelista puso un beso de pasión encendida.

Cuando ya Lorrain había salido, Ana rompió su carta en pequeños pedazos y se quedó mirando, durante largo rato, las líneas que su marido le había dejado escritas antes de marchar.

Luego, atormentada por tantas y tan diversas impresiones, casi todas dolorosas, empezó a andar, en la habitación, de un lado para otro, sin saber qué hacer, ni qué pensar.

Y se decía a sí misma: «Yo amo a Jorge y él,

hasta ahora, también parecía que me amaba. Mas si es verdad que tiene una amante, el amor que tuviera para mí ha muerto. ¿Qué es, pues, lo que yo debo hacer? ¿Huir con Lorrain como había prometido? No, esto no, porque yo no amo a Lorrain. Tengo para este muchacho una amistad profunda, un cariño de hermano, pero amor de amante, no. ¿Por qué, Dios mío, le hice tal promesa? Y la cumpliré, sin duda, en cuanto me convenza de que Jorge me engaña. Será el deseo de venganza quien me llevará hacia él, y no el amor. Y esto es feo. ¿Dios mío, que no me vea en este trance!»

Hubiera seguido por mucho tiempo el monólogo de la infortunada, de no haberla interrumpido la llegada del esposo, que entró en la habitación con un rostro rebosante de alegría, de contento y de satisfacción.

—¿Hola, querida esposa!—le dijo, al tiempo que la abrazaba.

—¿Hola, Jorge!

—¿Por qué esa seriedad? ¿Qué le ocurre a mi mujerita? ¿Dudas de mi cariño todavía? ¿Sospechas?

—Sí: no quiero mentirte.

—Pues haces muy mal en atormentarte. No hay, te lo juro, ninguna razón para ello.

—Sí, lo dices muy bien. Pero, ¿puedes darme pruebas de que me engaña?

—Claro que puedo dártelas. ¿Qué pruebas quieres? ¿Acaso no es suficiente el amarle tan completamente como te amo?

—Yo no lo sé, en verdad, si es cierto que me amas tanto.

Ana, por Dios, desecha tales preocupaciones que no son dignas de ti ni de mí. Mi amor hacia ti está por encima de todo.

Y al decir esto, la abrazó nuevamente poniendo en su abrazo un cariño tan grande como sincero.

Tan grande y tan sincero que logró amenguar de súbito, en gran parte, el decaimiento de Ana. Y hasta ponerla, en cierto modo, alegre.

Entonces Jorge le dijo:



—¿A que no adivinas lo que te he traído?

—¿Qué? ¿Un regalo?

—Sí.

Y abriendo una cajita en la que había un hermoso y magnífico collar de perlas, añadió:

—Un regalo, sí. He lo aquí. Es el collar que hace ya tanto tiempo descabas. Te lo he comprado hoy para que lo luzcas esta noche en la fiesta de la duquesa...

—Gracias, Jorge. Es en verdad un regalo extraordinario.

—¡Oh, no! Tú, todo te lo mereces.

Salíó Jorge, y Ana, al quedar sola, con las

nuevas impresiones recibidas, se había confundido aun más. Brillaban sus ojos de pena por las dudas, de esperanza en que todo fuese nada más que una sospecha sin fundamento.

IV

Llegó la noche y con ella la hora de la anunciada y esperada fiesta ofrecida a sus amigos por la duquesa misterio.

La casa toda brillaba, cuajada de luces. Los jardines, semejantes a los de los viejos palacios aristocráticos, lucían también, además de sus muchas galas naturales, el artificio de mil cosas maravillosas. En los lagos, en los árboles, en los arbustos, en los paseos, en las flores, combinaciones raras de luz, daban a todo el aspecto de algo irreal, como de ensueño.

Circulaban por todas partes los invitados, que eran muchos. Todas las gentes que representaban algo en la nobleza, en la industria o en la banca, estaban allí. Había también los novelistas de fama, entre ellos Lorrain, y gran número de periodistas. Unos en las habitaciones de la casa, otros en el jardín, habían formado tertulias en las que se hablaba de todo. Los que no formaban parte de estas tertulias, habían ido a bailar, pues por doquiera llegaban, a todas partes, los compases de músicas diversas que amenizaban la fiesta.

Una de las personas que más anda, de acá para allá, es el viejo enamorado de la duquesa, pues como ésta, como dueña de casa, tan pronto

ha de estar en un sitio como en otro, el viejo, a todas partes la sigue, como esperando una sonrisa de sus labios, o una mirada de sus ojos, o simplemente una orden. Cualquiera de estas cosas le haría feliz.

Entre los invitados, está una hermana del viejo. Y como se ha dado cuenta del papel que su hermano está representando, no cesa de reírle y de darle consejos que el enamorado ni siquiera escucha.

Los últimos en llegar a la fiesta, fueron Jorge y Ana.

La duquesa les recibió con una de sus mejores sonrisas y, dirigiéndose a Ana, dijo:

—Su esposo, señora, me había hablado de usted con un entusiasmo sin límites. Entré por ello en deseos de conocerla. Veo que, en efecto, todo cuanto su esposo decía de usted es poco.

—Gracias, duquesa. Al lado de usted, yo soy realmente muy insignificante.

—¡Oh, no, de ningún modo! No sea tan modesta, Ana. Sus prendas personales son ciertamente envidiables.

—Gracias otra vez. Estoy muy contenta de merecer juicio tan halagüeño de usted.

—Aunque halagüeño, es justo—añadió la duquesa, besándola en la frente.

Llegó en este momento, cerca del grupo que formaban la duquesa, Ana y Jorge, Lorrain, el cual invitó a pasear por el jardín a la esposa del banquero.

La casualidad hizo, pues, o la intención de Lorrain, que la duquesa y Jorge quedarán solos. Empezaron, naturalmente, a hablar, y luego sabieron hacia otras habitaciones, charlando y comentando los incidentes de la fiesta.

Fue lo que se esperaba para dar rienda suelta

a las murmuraciones. De todos los grupos, como si estuvieran para ello de acuerdo, partieron frases veladas de censura.

Una señora, que nunca había sido amada por nadie, trataba, en una de las tertulias, contra la duquesa:

—¿Qué desvergüenza! ¡Hacer el amor a un hombre en los propios ojos de la esposa!

Y en otro grupo, un viejo, al parecer respetable, exclamaba:

—Se necesita ser hipócrita para recibir, como la duquesa ha recibido, a la mujer de su amante.

Todos los invitados, que ya hemos dicho a qué clase pertenecían, se dedicaron a la tarea—¿cómo adjetivarla?—de censurar, cuando no podía oírles, a la duquesa.

Quien más sufría con estas habillitas, era el viejo enamorado. Tenía en verdad celos de Jorge y le parecía que las atenciones de la duquesa para el banquero eran excesivas, pero le dolía que se hablara de aquel modo del objeto de su amor.

Incapaz de evitar las murmuraciones, procuraba no escucharlas y, huyendo de su hermana, que, como solterona, era de las más mordaces en la crítica, andaba sólo de acá para allá, buscando a la duquesa, en espera de que ella le ordenara algo, o bien se dignara sonreírle con amabilidad.

Pero quien más partido estaba sacando de las circunstancias era Lorrain.

Como ya hemos dicho invitó a Ana a pasear por el jardín, en el momento en que, alejándose ellos, la duquesa y Jorge habían de quedar solos. Solos continuaron, dado el agrado que tenían en hablar y dada también la actitud en que todos los demás se habían colocado.

—Ya lo ve usted, Ana—le decía en el jardín Lorrain.—Su esposo, en cuanto han llegado us-

tedes, ha procurado quedarse solo con su amante sin atenderla a usted.

—Acuérdese usted de que he sido yo, por atender su invitación de usted, quien he dejado a Jorge con la duquesa.

—Ciertamente. Pero Jorge, pasado un rato, debía haber venido ya a acompañarla a usted. En lugar de esto, vea usted lo que hace: alejarse con la duquesa, no separarse de ella.

—Jorge sabe que me encuentro con usted, que es un buen amigo nuestro. Por eso no se preocupa de correr a mi lado.

—Inútil, Ana, que trate usted de justificar a su esposo. La verdad es que su comportamiento no es nada correcto. Todos los invitados, menos usted, se han dado cuenta de lo que ocurre. Acérquese usted a cualquier grupo, sin que la vean, porque si la ven trancarán sus comentarios, y oírán usted cosas muy sabrosas.

—Pues no veo que tengan razón para decir nada. Todo lo que ocurre es muy natural. Yo, acompañada por un amigo; mi esposo, amigo de la dueña de la casa, acompañándola.

—Ciertamente, todo eso es muy natural en cualquiera otra circunstancia, pero no en ésta, pues que la dueña de la casa es, todo el mundo lo asegura, la amante de vuestro esposo. En este caso, lo que en otro sería natural, se torna, para usted especialmente, bastante desagradable.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que su marido, al menospreciarla, al ponerla frente a una rival, al atender más a la amante que a la esposa, la está poniendo a usted en ridículo.

—Pero Lorrain, habla usted del asunto, como si estuviera usted cierto de lo que dice. Y como no lo está, la verdad es que sus palabras son imperdonables.

—No tengo la prueba evidente, ello es cierto, de que Jorge sea amante de la duquesa. Pero estoy convencido de que lo es.

—Eso no basta para hablar como usted habla.

—Perdóneme, Ana. Mis palabras las dicta mi amor. Afirmaría, juraría lo que digo. Para comprobar mi convencimiento, busque usted los testigos de su esposo, sus cuentas. Quizá allí encuentre la prueba que yo no puedo ofrecerle.

—Lo miraré.

Y si es cierto lo que sospechamos...

—Cumpliré mi promesa.

—Bueno. Pues esperó mañana su aviso para huir juntos. Tan seguro estoy de que va a encontrar las pruebas definitivas. Ahora, adiós.

Se despidieron. Ana, que ya estaba bastante disgustada de ver durante toda la noche a Jorge acompañando a la duquesa, sintió como aumentaba su disgusto y su angustia y su inquietud, con las palabras venenosas de Lorrain, que por muy grande novelista que fuera, en la vida se portaba como un hombre cualquiera, bruto e ignorante, con tal de conseguir lo que deseaba. No habiendo sido capaz de conquistar, con sus dotes personales, a Ana, recurría a aprovecharse de las supuestas infidelidades del esposo para lograr el cariño de la mujer que deseaba. Comportamiento bien poco digno de un hombre de cierta cultura.

Predispuesta, pues, para cualquier violencia, como reacción de lo que le ocurría, Ana subió a la gran sala en donde se preparaba la mesa para el banquete, que era parte principal de la fiesta.

La recibió, sonriendo y acariciándola con la mirada, la duquesa.

Y esta sonrisa fué el elemento que dió suelta a la violencia, todavía contenida. En lugar de apaciguarla aquella sonrisa la encendió más. Subido

es cuán naturales son estas reacciones, a primera vista contradictorias.

Tenían las copas, para brindar, en las manos. La duquesa chocó la suya con la de Ana y bebió. Ana, loca ya y furiosa, arrojó el contenido de la suya, con desprecio, a los pies de la duquesa.

V

No es posible imaginarse un rostro tan dolorido, tan apenado, tan angustiado y tan suficiente como el de la duquesa después de esa escena que acabamos de relatar. Por sus ojos pasaron, en un momento, torrentes de lágrimas que no llegaron a verterse por esfuerzo de voluntad poderoso, inaudito.

Ana, naturalmente, salió en seguida de la habitación y, después, de la casa acompañada de Jorge que no dejaba de censurarle, con palabras y con gestos, su acto. Las cuales censuras tuvieron la virtud de encender más aún su furia, hasta el punto de ponerla en un estado pronto al estallido.

Cuando llegaron a casa, se separaron fríamente. Pasó la noche y, los dos, la pasaron en vela. Cuando amaneció y se levantaron y se encontraron, se saludaron muy fríamente.

Jorge, sin embargo, dijo:

—¿Cómo saldremos de esta situación en que nos colocó tu acto de anoche?

—Poco me importa una cosa u otra—contestó fríamente, indiferentemente Ana.

—Pues debe importarte. Hiciste a la duquesa

blanco de tu furia y eso no estuvo bien. No tendrás más remedio que disculparte ante ella.

—¿Disculparme? ¡Nunca! ¡Es tu amante y eso basta para justificarme y disculparme a los ojos de todos! En cuanto a su disculpa personal no la necesito.

—Ana, esposa mía, no sabes lo que dices. Estás ofendiendo duramente a una señora que no lo merece, que, por el contrario, es digna de nuestro respeto.

—Ya conozco esa cantinela...

—Bueno. Te digo ahora. Tranquilízate. Reflexiona. Recobra tu calma habitual. No es posible hablar contigo hallándote tan exaltada. Y menos cuando no es justa tu exaltación. Como ahora.

Cuando apenas había salido Jorge, Ana se encaminó, rápida, al despacho particular de su esposo. Se encerró en él y empezó a registrar cajones y carpetas hasta que encontró lo que buscaba: las cuentas del mes de su marido. Y la del mes último era, en verdad, exorbitante. No le cabía ya la menor duda. Lorrain tenía razón. No sólo era la duquesa la amante de su esposo, sino que la casa en que aquella señora vivía, sus lujos, sus fiestas, eran pagadas por Jorge. Bien claro lo veía en aquellas notas de gastos.

Creció súbitamente su exaltación y, si Jorge hubiera estado entonces cerca de ella, quién sabe la locura que habría cometido.

Llamaron, en este momento, a la puerta del despacho en que estaba encerrada. Fue a abrir. Era la criada. Estaba en casa, y quería ser recibida por Ana, la duquesa.

—¿Cómo? ¿Ella?

—Sí, señora. Y dice que no se marchará sin hablar con usted.

—Bueno. Hazla llegar hasta mis habitaciones.

Salió Ana, indecisa, sin saber qué haría al encontrarse en presencia de la que creía su rival. Cuando se halló ante ella, advirtió, con gran sorpresa, que se había contenido, que estaba muy serena.

—¿Usted?—dijo, como extrañada.



—Sí, yo—contestó la duquesa.—Vengo a pedirle mil perdones de las faltas que yo haya podido cometer respecto a usted. Y a decirle que, en mi ánimo, nunca ha estado el ofenderla.

—Sin embargo, es usted la amante de mi esposo.

—¡Oh, no, Ana! No diga usted tamaño disparate. Me ofende usted con esas palabras. Y no merezco, créame, que me ofenda. Jorge no es nada más que mi banquero...

—Sí, sí, su banquero. ¡Bastante caro le cuesta a mi marido el ser su banquero!

La duquesa, al oír estas palabras, se puso pá-

lida como una muerta. Haciendo un esfuerzo tremendo, habló con voz quebrada, en la que había llanto y pena y angustia.

—Le juro, Ana, que se engaña usted. Pero viendo que duda usted de mí, para que recobre usted por completo su tranquilidad, hoy mismo partiré de aquí, sin rumbo fijo. Desapareceré. ¿Le basta esto?

—No. Si Jorge la ama, todo será inútil. Quien tiene que marcharse soy yo. Huiré con el novelista Lorrain.

—No, de ningún modo; usted no hará tal cosa.

Ana, sin atender las palabras de la duquesa, se dirigió al teléfono. Se puso al habla con Lorrain y empezó a decirle que la esperara aquella noche. La duquesa, rápida, le arrebató el aparato de las manos. Entonces Ana, ya deshecha, cayó al suelo desmayada.

La duquesa la recogió y la llevó a una butaca, en donde la colocó con toda clase de cuidados. La acarició con ternura, y cuando vio que se trataba de una cosa pasajera, salió, no sin antes hablar también por el teléfono con el novelista, y dijo a la criada, despidiéndose, que tuviese cuidado con Ana, que se había desmayado. Y que ella, reclamada por una ocupación urgente, se veía obligada a salir, por lo que no podía por más tiempo atender a la dueña de la casa.

Cuando llegó la noche, Ana, decidida, se encaminó a la casa de Lorrain, dispuesta a huir con él, no tanto porque le amara, cuanto por despecho de lo que creía traición de su marido.

La casa del novelista estaba, como siempre, abierta. Entró, se dirigió al despacho y se sentó, aparentemente tranquila, junto a la mesa de trabajo del escritor.

Cuando apenas se había sentado, entró por una

de las puertas interiores, no por la de la calle, la duquesa. La vio Ana y exclamó:

—¿Usted aquí?

—Sí. He venido a evitar el disparate de su huida. Jorge no se merece esto. Usted es una mujer honesta. Esto es, pues, una locura. Vuelva usted a su casa, se lo ruego.

No volveré. No quiero ya nada con Jorge.

En esto, viendo que llevaba puesto el último regalo de su marido, el collar de perlas, se lo quitó y lo arrojó al suelo con desprecio. Y volvió a desmayarse, como por la mañana.

La duquesa, dándose cuenta del motivo de aquellos desmayos, se acercó a Ana, la hizo aire, la acarició y, cuando volvió en sí, le dijo:

Ana, va usted a tener un hijo de Jorge. Vuelva, pues, a su hogar. La acompañaré yo...

Ana se dejó llevar, sin fuerzas ya para oponerse, por la duquesa. Salieron por la puerta por la que la duquesa había entrado, al propio tiempo que por la de la calle entraban Lorrain y algunos amigos, entre ellos Jorge y el viejo enamorado de la duquesa.

Lorrain los traía a su casa para que presenciaran su fuga, orgulloso de su conquista. Conducta, en verdad, despreciable.

Cuando Ana y la duquesa salían ya de la casa, Ana se dio cuenta de que había quedado en el despacho de Lorrain su collar. Lo dijo a la duquesa y ésta le contestó:

Bien. Váyase usted a su casa y yo recogeré el collar. Ya inventaré el modo de que usted quede en buen lugar.

Volvió la duquesa a entrar en la casa. Pero antes de que llegara al despacho, el collar había sido visto por Jorge, que lo recogió del suelo, y pidió explicaciones a su amigo.

—¿Cómo está aquí este collar de mi esposa?

—Me niego a explicarlo.

Ante esta respuesta Jorge se abalanzó sobre el novelista. Pero en este momento apareció la duquesa y dijo:

—Ese collar, Jorge, está aquí porque lo he traído yo. Me voy a fugar esta noche con nuestro amigo Lorrain. Anoche, cuando ustedes se marcharon de casa, encontré, al terminar la fiesta, este collar, que vi era de su esposa. En mi país tenemos la creencia de que una joya de una mujer honesta da buena suerte al tomar una decisión importante. Por eso traje el collar de su esposa. Ahora, ya todo explicado, devuélvalo usted, Jorge, y diga a Ana que me perdone. Y usted, hágala muy feliz, que se lo merece.

Jorge la miró con una mirada de reproche. ¿Sería en verdad su amante? El viejo enamorado se retiró y se puso a llorar. Pero el más sorprendido de todos era Lorrain, que se preguntaba:

—Pero, ¿qué es lo que ocurre?

Jorge salió sin despedirse. Los demás amigos de Lorrain salieron también. Cuando ya sólo quedaba el viejo, la duquesa le rogó que se quedara, que iba a aclarar algunas cosas que él debía escuchar. Se sentaron los tres. Y la duquesa dijo:

—Amigos, mi conducta les parecerá extraña. Pues no lo es, Ana es hija mía...

—¿Es posible? Ana nos había dicho que su madre murió al nacer ella.

—No es cierto. Yo vivía con su padre, mi esposo, en América. Cuando Ana iba a nacer, me enamoré locamente de otro hombre. Mi marido lo supo. Y en cuanto mi hija nació, me obligó a partir, para que mi hija no tuviera que avergonzarse de su madre. Nunca más supe de ella. He corrido todo el mundo buscándola. Hasta que al llegar aquí

la encontré. Vi que era feliz al lado de Jorge. Y me confesé a él. El ha pagado todos mis gastos desde que estoy aquí. Pero no hemos querido decir a Ana quién soy yo, porque he vivido mucho tiempo con un hombre que no era su padre. Y no queremos, es decir, no quiero yo, que tenga que avergonzarse de mí...

Lorrain y el viejo la animaron.

Ella continuó:

—Mañana parto de aquí para no volver. Voy a despedirme de mi hija. ¡Adiós, amigos míos!

Y salió.

Un momento después la duquesa estaba en el domicilio de su hija. Le hizo pasar recado de que iba a despedirse de ella y la criada volvió y la llevó al lado de Ana. También estaba Jorge.

Ana, en cuanto la vió entrar, se abrazó a ella, exclamando:

—¿Quién es usted que tanto me quiere y que me ha salvado en situación tan penosa?

—Soy una desgraciada mujer que perdió una hija que se le parecía mucho, y que, al llegar aquí, puse en usted todo mi cariño de madre. Ahora no puedo vivir ya aquí y me marcho.

—Eso no es posible.

—Sí; se marcha con Lorrain—aseveró Jorge.

—Eso no es cierto—gritó Ana.—Quien se iba a marchar con Lorrain era yo, que estaba loca de celos. Ella me ha salvado, y representa un papel horrible por mi culpa.

Jorge se abalanzó sobre su esposa, pero la duquesa evitó cualquier violencia.

—Perdónala, Jorge. No sabía lo que hacía. Además, va a tener un hijo, un hijo tuyo.

—¿Es cierto?—preguntó Jorge.

—Sí—dijo llorando Ana.

Y la duquesa, destechada de pena, se despidió.

—¡Adiós!

Jorge, comprendiendo el heroísmo de aquella mujer, no pudo ocultar ya la verdad y dijo:

—Ana, esa mujer es tu madre.

Ana corrió, gritando:

—¡Madre, madre mía!

Y alcanzó a la que le dio el ser, y la hizo entrar, abrazándola y con el rostro bañado en lágrimas, que eran ahora lágrimas de alegría.

FIN

TÍTULOS DE LAS NOVELAS PUBLICADAS

ROBIN DE LOS BOSQUES,

por Douglas Fairbanks.

EL SELLO DE CARDI,

por Betty Blythe.

LA AGONIA DE LAS AGUILAS,

por Severin Mars y la Morlay.

LA CASA DEL MISTERIO,

por Masjoukine y Elena Daryl.

DIA DE PAGA,

por Charles Chaplin (Charlot).

UNA CARRERA EN KENTUCKY,

por Reginald Denny.

EL FLIRT,

por Ellen Percy.

CHIKILIN y CHIKILIN HOSPICIANO,

por Jackie Coogan.

THEODORA,

por Rita Jolivet.

¡QUE TONTOS SON LOS MARIDOS!

por Enid Bennett.

SEÑAL DE AMOR,

por Mary Pickford.

DISTRACCION DE MILLONARIO,

por George Arliss.

LA DUQUESA MISTERIO,

por Hesperia.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR, 25 céntimos

FIGURINES DE MODAS

Las más elegantes, las más prácticas, las preferidas por el público de buen gusto, son las siguientes:

Album de Bal	Anual	10	pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5	"
Blouse Ideal	"	2	50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3	50 "
Ideal Parisien	Mensual	3	"
Joie des Modes de Paris. . .	Temporada	4	"
Manteaux et Costumes de Promenade.	"	3	"
Mode de Paris	"	3	"
Mode Nationale	Mensual	1	25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6	"
Patrons Favoris Dames . . .	Temporada	3	"
Patrons Favoris Ceremonies	"	5	"
Patrons Favoris Blouses. . .	"	5	"
Patrons Favoris Enfants . . .	"	3	"
Patrons Favoris Lingerie . .	"	5	"
Patrons Favoris Gentlemen Fashions	"	5	"
Patrons Favoris Tailleur. . .	"	5	"
Patrons Favoris Travestis . .	Anual	5	"
Paris Chic	Mensual	5	"
Toilettes d'enfants.	Temporada	2	50 "
Toilettes Modernes.	"	2	25 "
Ultima elegancia	"	1	25 "
Tres chic	"	4	"

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial, Barbrá, 15, Apartado 925 — Barcelona**